

USOS DEL CUERPO EN EL AUTISMO: DONNA WILLIAMS

Martín Sosa y María Cristina Piro

Resumen

El presente artículo se inscribe en el proyecto de investigación I+D en curso (S049) dirigido por la esp. prof. María Cristina Piro denominado "Cuerpo, época y presentaciones sintomáticas actuales: Interrogantes y desafíos en psicopatología infanto-juvenil". Se parte del interés que suscita la presentación del cuerpo en el autismo desde una perspectiva clínica, psicoanalítica y psicopatológica.

En un trabajo anterior (Piro, Martin & Sosa, 2017), se demarcaron al menos dos posturas bien diferenciadas en torno al abordaje del cuerpo en el psicoanálisis de orientación lacaniana en el autismo: las que sostienen que el sujeto autista no tiene un cuerpo y las que argumentan que el cuerpo que testimonian armarse es un neoborde, un límite casi corporal, infranqueable. El cuerpo del autista, en palabras de Jean-Claude Maleval (2011), es una barrera autosensual generada por estimulaciones como movimientos rítmicos, balanceos, que separan su realidad perceptiva del mundo exterior cuando este se hace demasiado insistente.

Es desde esta última línea que se abordará la particular solución en torno al cuerpo construida por Donna Williams (2012), una autista adulta de alto rendimiento diagnosticada como tal a los 26 años de edad. Williams (2012) es una de las autistas más conocidas en ámbitos académicos y de divulgación por su testimonio de autotratamiento, desarrollado en libros y conferencias alrededor del mundo. Ya en sus recuerdos de infancia da cuenta de lo que para ella era una "gran nada negra" asociada a una sensación de muerte, la cual se evidenciaba en estallidos de angustia con un correlato fenoménico a nivel del cuerpo: alaridos que salían de su garganta, silencios "vegetativos", sentimientos de que sus piernas corrían de un lado a otro, temblores y excitaciones motrices.

Se intentará precisar la particular solución que Williams (2012) se construye para apaciguar estos fenómenos, ligada a dos compañeros imaginarios que llama Willie y Carol. Asimismo, es de destacar que en sus últimos testimonios la autora describe las sensaciones que le generaba dar sus discursos, lo cual confluye en la pregunta acerca de cómo fundar una enunciación asumida como propia (Maleval, 2011). Al respecto, describirá una ocasión en la que habla en público diciendo que sus palabras no le respondían, que su cabeza perdió el

control de las palabras, que sus ojos se abrían como platos al tratar de encontrar un modo decir adecuado y que su elocución había sido lenta (Maleval, 2011: 113). Se esbozará la pregunta sobre la eficacia de tal autotratamiento y se intentará responderla realizando un contrapunto con bibliografía específica en el marco del psicoanálisis de orientación lacaniana.

Palabras clave: cuerpo, autismo, psicoanálisis, Donna Williams.

Introducción

Este trabajo es producto, no solo del proyecto “Cuerpo época y presentaciones sintomáticas actuales: interrogantes y desafíos en psicopatología infanto-juvenil”, sino también de preguntas generadas en dos proyectos de investigación acreditados y subsidiados en el Programa de Incentivos UNLP sobre las variedades del autismo en la demanda asistencial y de un libro de cátedra sobre autismo y los insumos trabajados en la cátedra Psicopatología II (Facultad de Psicología, UNLP). Asimismo, ha confluído en una investigación doctoral en la misma casa de estudios, investigación que parte de considerar las perspectivas actuales en torno al autismo, sus entrecruzamientos, enfrentamientos, y el modo en que estas cuestiones son resueltas en la práctica clínica local.

En este sentido, la línea de investigación que recortamos tiene en cuenta el autismo y el estatuto del cuerpo. Se analizará el testimonio de una autista adulta de alto rendimiento, Donna Williams, una de las tantas personas con autismo que a partir de los años 90 comienzan a escribir sobre sus recuerdos de infancia. Este fenómeno ha tomado un gran protagonismo en el paisaje epistemológico desde esa época y continúa hasta la actualidad. Algunos coinciden en denominarlo como una verdadera **narrativa autista** (Tendlarz & Beltrán, 2017; Hacking, 2010). Para los autores que teorizan sobre estos testimonios, estos relatos no consisten en conceptualizaciones complejas ni en explicaciones abstractas sobre el funcionamiento autista, sino en historias contadas en primera persona por los propios sujetos autistas (en algunos casos por sus familiares) que permiten transmitir las diversas vivencias que Éric Laurent llama “el sentimiento autista de la vida” (en Tendlarz & Beltrán, 2017) en contraposición al “sentimiento delirante de la vida”.

Jean-Claude Maleval (2011) sostiene que los testimonios demuestran ser un verdadero género literario de emergencia del autismo. Los testimonios de Temple Grandin (1986), Donna Williams (1992), Birger Sellin y Daniel Tammet (2006) son los más conocidos internacionalmente y dan cuenta de ello.

Se abordará la narrativa autista de Donna Williams tomando como eje la vivencia que ella tiene sobre su cuerpo.

Este concepto de cuerpo requiere de ciertas precisiones, sobre todo en presentaciones como el autismo, en donde el estatuto de aquel exige una revisión teórica, más específicamente, de un movimiento que va desde la clínica a la episteme.

La posibilidad de que un sujeto tenga un cuerpo y de que este pueda imaginarse a través de una imagen unificada no puede pensarse, desde el psicoanálisis, sin la participación de lo simbólico (Piro, 2013). Es la incidencia del lenguaje, el efecto del significante en lo real, lo que permite operar sobre el organismo vivo para transformarlo en un cuerpo (Piro & Piazze, 2010).

En relación con el autismo, en un trabajo anterior (Piro, Martin & Sosa, 2017) se demarcaron al menos dos posturas bien diferenciadas en torno al abordaje del cuerpo en el psicoanálisis de orientación lacaniana: las que sostienen que el sujeto autista no tiene un cuerpo y las que argumentan que el cuerpo que testimonian armarse es un neoborde, un límite casi corporal, infranqueable. El cuerpo del autista, en palabras de Maleval (2011), es una barrera autosensual generada por estimulaciones como movimientos rítmicos, balanceos, que separan su realidad perceptiva del mundo exterior cuando este se hace demasiado insistente.

Asimismo, afirmamos que el autista manifiesta una juntura de lo real del cuerpo viviente particularmente cautivante, en la medida en que la repetición de lo mismo parece ser el despliegue del viviente. Esta particular juntura exige un trabajo en el que hacer uso, para instrumentalizar el cuerpo, deviene una operación *princeps* de la solución autista (Sosa, Piro, Martin & Krasutzky, 2016).

Es desde esta última línea que se abordará la particular solución en torno al cuerpo construida por Donna Williams (2012). Donna fue diagnosticada como psicótica en su infancia (a los 2 años), no obstante, casi a sus 30 años de edad recibe el diagnóstico de autismo. Desde mediados de los 90 fue consultora en autismo, defensora de las soluciones singulares que los niños realizan (uso de los objetos, repeticiones, adhesión a rutinas, entre otros). Ella misma señala que se podría situar un cambio de posición en relación a su enunciación respecto del autismo. Titula su primer libro *Nadie en ningún lugar* (1992) y otra publicación *Alguien en algún lugar* (1994). A partir de reconocerse como autista, hacer público su testimonio y construirse un nombre propio como Donna Williams (su verdadero nombre es Kenne), es alguien en algún lugar que le permite aproximarse a la experiencia de otros sujetos autistas (Tendlarz, 2015: 21). Williams se esfuerza por diferenciar en sus publicaciones lo que ella llama "mi" mundo de "el" mundo: separa lo interno de lo externo.

Tomaremos de su testimonio dos descripciones en torno al uso singular que hace de su cuerpo y a los inventos también singulares que advienen a ese lugar.

Dos retratos del ¿cuerpo?

El primer retrato lleva el nombre de uno de sus libros: *Si me tocan no existo más*.

Williams recuerda que las personas se reducían a ruidos sin sentido. Rechazaba los alimentos y no podía tragar, solo podía comer los trozos con colores sobre la comida. El mundo le resultaba intrusivo, no comprendía cuando le hablaban y atravesaba distintos episodios de angustia que describe con minuciosos detalles.

La madre la golpeaba para sacarla de esos estados, diciéndole que no repitiera lo que ella decía puesto que pensaba que se burlaba. Un día entiende una frase: mientras la madre hablaba con las amigas les dice que su hija seguía orinando su cama. Dos hechos se recortan a partir de esta escena: entiende el lenguaje a pesar de su mera repetición ecológica y, por otro lado, comienza a retener la orina: nunca quiere ir al baño y tiene miedo de comer.

En palabras de Silvia Tendlarz, “queda sumergida en un mundo sensorial de imágenes de luz, de texturas, y asociaciones metonímicas que le resultan agradables” (2015: 22).

Del contacto físico, recorta la sensación de terror asociado a la muerte que este le generaba: si la tocaban desaparecía. En su testimonio, se asombra de que ni siquiera con sus padres podía abrazarse o besarse, esto le generaba pánico.

Segundo retrato del cuerpo: la gran nada negra

De su infancia, recuerda distintos miedos: a la oscuridad, a la muerte, que no duda en caracterizar como lo que para ella fue una “gran nada negra”. Esta se evidenciaba en estallidos de angustia con un correlato fenoménico a nivel del cuerpo: alaridos que salían de su garganta, silencios “vegetativos”, sentimientos de que sus piernas corrían de un lado a otro, temblores y excitaciones motrices. Así describe estas sensaciones:

Mis manos me tiraban del pelo y me abofeteaban. Tiraban de mi piel y me arañaban. Mis dientes mordían mi propia carne como un animal muerde los barrotes de su jaula, sin darme cuenta que la jaula era mi propio cuerpo. Mis piernas hacían girar mi cuerpo en círculos, desenfrenadamente, como si de alguna manera pudieran escaparse del cuerpo al que estaban unidas. Mi cabeza golpeaba lo que tuviera cerca, como quien intenta abrir una nueva que ha crecido demasiado para su cáscara. (Williams, 2012: 20).

Este infierno de sensaciones ¿corporales? se alivia cuando Donna puede armarse los dobles.

De la gran nada negra al armado de un neoborde: el doble

Los dobles, en los que Williams se espeja, aparecen muy tempranamente en su historia, en un contexto de diversas situaciones de maltrato y violencia a nivel familiar que describe con detalle en sus relatos: gritos, insultos, distintos tipos de maltratos psicológicos y también físicos: quemaduras de su cuerpo con cigarrillo, golpes con hebillas de cinturones. Se acuerda de una sentencia de su madre “Llora y te mato”.

En varias oportunidades no duda en decir que Carol y Willie, sus dobles, salvaron su vida, e incluso que por la hostilidad de su madre surgen estos personajes.

Willie, el primero en aparecer cronológicamente, comienza cuando ve un par de ojos verdes bajo su cama a los dos años de edad. Comenta que, en realidad, Willie era el personaje de un libro que “desempeña el papel de guardián de la caja invisible en la que yo estaba encerrada y segura” (Williams, 2012: 18). Willie, con sus ojos verdes, se había formado a partir de las burlas de la madre de Donna; siempre estaba enojado, tenía los labios apretados, golpeaba el suelo con los pies y escupía a la menor contrariedad.

Carol aparece posteriormente en su relato. “Tiene la misma estructura que Willie, pero invertida: crecieron como antítesis uno del otro” (en Maleval, 2011: 106). A Carol la miraba en el espejo y pasaba horas contemplándola. Era su calco. Una imagen ideal: sonriente, sociable.

Maleval (2011) destaca que ni Carol ni Willie expresan nunca el pensamiento de Donna. Ella sostiene que es gracias a la hostilidad de su madre que la creación de estos dobles pudo tener un lugar. Y el efecto fue que tuviera, además, una percepción distinta respecto a su cuerpo, ya no vivido como un infierno.

Gracias al doble, Donna se creó

un yo diferente de aquel que era paralizado e impedido por las emociones. Esto devino en más que un juego, en más que una comedia. Era de mi vida que debía eliminar todo aquello que se relacionaba con emociones personales y al mismo tiempo hacer desaparecer a Donna (en Maleval, 2011).

En su testimonio, sostiene fervientemente que el despertar al “mundo” fue el amanecer de su propia integración: ya no necesitaba de sus dobles sino a Donna. “Me despedí de los personajes que me habían sostenido por tanto tiempo y di la bienvenida a mi propia persona, a quien quería conocer mejor” (Williams, 2012: 21).

Nos preguntamos: ¿qué imagen se arma de su cuerpo?, ¿cuál es el arreglo por el cual Williams logra tener una relación particular con el mismo? En palabras de Ana Cristina Ramírez (2018), en Williams hay alienación a la imagen, con exclusión de todo lo que sea del orden del cuerpo como substancia gozante. De este modo, para la autora, se produce un

funcionamiento del cuerpo muy particular en el que está afectada la experiencia subjetiva de tener un cuerpo e incluso la percepción de la respiración, el hambre, las funciones excretoras, el dolor, la temperatura, la propiocepción. A falta de esto, y gracias al doble, usa a los otros como espejos, como un mapa externo pero aún sin posibilidad de generar un sentido interior de su cuerpo -si tocaba su pierna, solo sentía su mano o su pierna, pero no ambas al mismo tiempo-.

Este saldo que queda de su constitución se suma a algunos relatos de Williams respecto a una serie de sensaciones que le generaba dar sus discursos, lo cual confluye en la pregunta acerca de ¿cómo fundar una enunciación asumida como propia? (Maleval, 2011). Describirá un discurso suyo diciendo que sus palabras no le respondían, que su cabeza perdió el control de las palabras, que sus ojos se abrían como platos al tratar de encontrar un modo decir adecuado, y que su elocución había sido lenta (Maleval, 2011: 113). Nos preguntamos entonces: ¿cuál es la eficacia de ese autotratamiento?

Si aceptamos que el autotratamiento de Williams (2012) está ligado a la construcción de un neoborde corporal en relación con los dobles (Willie y Carol), podríamos decir que en ese sentido es exitoso, porque le permite salir del infierno sensorial en el que estaba. Recordemos que es ella misma quien dice que sus dobles le salvaron la vida. Se produce un desplazamiento del borde que hace una vida más soportable, empieza a escribir libros y a nombrarse.

Como decíamos, el saldo que produce la constitución fallida en el espejo remite a un cuerpo aún no unificado, que tiene un correlato en la enunciación. Se trata de un cuerpo que evita el contacto, que evita hablar, y que la misma Donna describe con estas palabras:

Como mucho, la persona que sufre de autismo solo puede hablar corrientemente con la condición de engañar y poner trampas a su mente haciéndole creer:

1. Que lo que tiene que decir carece de toda importancia emocional; o sea, que está diciendo cualquier cosa, como si nada;
2. Que quien lo escucha no podrá llegar hasta él ni detectar sus intenciones a través de una jerga o del 'lenguaje de poeta';
3. Que su discurso no está destinado directamente al interlocutor; lo cual significa que hablará por medio de los objetos, o bien a los propios objetos (incluida la escritura, que es una forma de hablar por medio del papel);
4. Que no se trata verdaderamente de un discurso; así, podrá igualmente cantar una melodía adecuada;
5. Finalmente, que la conversación no tiene ningún contenido afectivo, esto significa conformarse con describir simples hechos o decir banalidades o futilidades (en Maleval, 2011: 76).

Sin embargo, es a partir de ese uso particular del cuerpo, de ese arreglo, que puede nombrarse prescindiendo del doble y armar un lazo más sutil con los otros y con los objetos.

Conclusiones

En el presente trabajo se ha analizado la particular invención que Donna Williams, una autista adulta de alto funcionamiento, realiza en relación con el cuerpo. Al comienzo situamos dos grandes retratos en relación a la vivencia del cuerpo: en el primero, el cuerpo era vivido como rechazo (“si me tocan, no existo más”) asociado a ideas de terror y de muerte. En el segundo retrato, la vivencia del cuerpo está ligada a lo que ella llama “la gran nada negra”: un conjunto de sensaciones físicas como alaridos, estados de excitación, crisis de angustia, entre otros.

Situamos que la construcción de los dobles -los personajes de Willie y Carol- aparece en un momento central de su autobiografía: maltrato físico y psicológico por parte de su madre. Es por ello que Donna afirma que estos dobles la salvaron.

Espejarse con otros imaginarios permite un desplazamiento del borde. Desaparece el “infierno sensorial” y logra hacer un lazo distinto y más soportable con el mundo, aunque con un resto.

La defensa autista, en ese sentido, deja abierta la pregunta sobre su eficacia.

Referencias bibliográficas

- Gutiérrez-Peláez, M. (2014). "El psicoanálisis de orientación lacaniana y el tratamiento del autismo". *Revista Affectio Societatis*, 11(21), pp. 1-8.
- Hacking, I. (2010). *"Autistic Autobiography", Autism and Talent*. Nueva York: Oxford University Press.
- Maleval, J-C. (2011). *El autista y su voz*. Madrid: Gredos.
- Piro, M.C., Martin, J. & Sosa, M. (2017). "El problema del cuerpo en el autismo: la solución de Grandin". *Actas del VI Congreso Internacional de Investigación – Facultad de Psicología, UNLP*.
- Piro, M.C. & Piazzese, G. (2010). "Atribuirse un cuerpo: modalidades singulares de respuesta en la clínica con niños". En *Actas del II Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología, XVII Jornadas de Investigación, Sexto Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR (Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires)*.
- Ramírez, A.C. (2018). "La función de lo imaginario en Donna Williams". *A ritmo propio* [boletín de carteles de la Nueva escuela Lacaniana], 18.
- Sosa, M., Piro, M.C., Martin, J. & Krasutzky, I. (2016). "Soluciones autistas al problema del cuerpo". En A. Trimboli (comp.), *Los límites de la clínica* (pp. 147- 149). Buenos Aires: Asociación Argentina de Salud Mental.
- Tendlarz, S.E. (2015). *Casos clásicos del psicoanálisis sobre autismo y psicosis en la infancia*. Buenos Aires: JCE Ediciones.
- Tendlarz, S.E. & Beltrán, M. (2017). "Los testimonios de los sujetos autistas". *Anuario de Investigaciones*, 14, pp. 207-212.
- Williams, D. (2012). *Alguien en algún lugar. Diario de una victoria contra el autismo*. Barcelona: Nuevos Emprendimientos Editoriales S. L.